

# Las primeras secciones, la gran innovación del *Catecismo*

*Continuamos con el análisis que Adolfo Ariza, Delegado de Catequesis, está haciendo sobre el Catecismo. La estructura cuatripartita del Catecismo lleva consigo sus límites. Significa una opción por las realidades objetivas frente a las necesidades subjetivas de un oyente contemporáneo que ha roto con la historia, que sospecha de la tradición, que recela de la Iglesia. Los redactores del Catecismo han sido claramente conscientes del problema y por ello tuvieron especial interés en poner delante de cada una de las partes expositivas unas secciones primeras, que son obras maestras en cada caso. Aquí es donde está una de las grandes innovaciones del Catecismo y donde se ha hecho presente la conciencia antropológica de la época moderna.*

Desde **Descartes y Kant** preguntamos por el sujeto cognoscente y por las condiciones de posibilidad del conocimiento antes que por las realidades conocidas, por la certeza del conocer antes que por el objeto conocido. Como si el sujeto humano sorprendido de sí mismo en el mundo y ante Dios se hubiera tropezado en la marcha abierta y derecha hacia el objeto y quedara atado a su propio acto de andar. Esa subjetivización de la vida es un inmenso descubrimiento, pero a la vez un inmenso entorpecimiento. Es necesario que el hombre sea consciente de que anda, de que está construido con capacidad para avanzar, de que el acto de andar pone en juego una serie de órganos y funciones. Pero sería penoso y entorpecedor el permanecer atenido y pendiente de cada movimiento, reteniendo la conciencia de ello.

A esta dimensión de la subjetividad, atienden las primeras secciones de cada una de las cuatro partes, que sin duda son las más difíciles de integrar en la catequesis, pero que son las llamadas a refundar la conciencia de los catequistas, a ofrecerles los fundamentos para su propia orientación personal como creyentes y para responder a las cuestiones de fondo. Si la nueva catequesis pasara por alto esas secciones primeras se habría vuelto loca, privándose del fundamento necesario para otorgar sentido teórico y potencia nutricia a toda la exposición ulterior.

Al interior de estas cuatro primeras secciones de cada una de las partes se intuye la siguiente pregunta: ¿A qué llamamos creer? **J. Ratzinger** responde a la pregunta narrando una anécdota de la época del Concilio:

*“Durante aquellos días yo había enviado a Hans Urs von Balthasar un breve trabajo, y él, como siempre, me lo agradeció en seguida con una carta, pero en el agradecimiento me incluía una frase pregnante que ha llegado a serme inolvidable: “exponer la fe, no darla por supuesta”. Era un imperativo que me impresionó. La incursión en profundidad en los nuevos campos era algo bueno y necesario, pero solamente a condición de que surgiera desde la luz central de la misma fe y de fuera mantenida por esta luz. La fe no persiste a causa de sí misma; nunca puede tranquilamente darse por supuesta como una cuestión ya decidida; siempre tiene que ser experimentada de nuevo. Y puesto que es un acto que abarca todas las dimensiones de nuestra existencia, siempre tiene que ser de nuevo reflexionada y de nuevo manifestada; los grandes temas de la fe nunca son ya temas superados, sino siempre los temas que más profundamente*

*nos afectan, y han de permanecer siempre en el centro de la predicación, y, por tanto, también en el centro de la reflexión teológica. Con su petición de un Catecismo general para toda la Iglesia, los obispos del Sínodo de 1985 percibieron justamente lo que von Balthasar me había formulado entonces en aquellas palabras. Su experiencia pastoral les había mostrado que todas las nuevas y numerosas actividades pastorales pierden su razón de ser, su fundamento, si no son irradiación y aplicación del mensaje de la fe. La fe no puede ser presupuesta, sino que ha de ser propuesta. Para ello está el Catecismo. Él intenta exponerla con toda su plenitud y riqueza, pero también en su unidad y simplicidad”.*